

Un rincón de la ciudad. Necatitlan y Tlaxcoaque en el siglo XIX

María Gayón y María Dolores Morales

La segunda mitad del siglo XIX trajo para la ciudad de México grandes cambios políticos, económicos y sociales. En especial las Leyes de Reforma la impactaron enormemente. Como parte de la aplicación de esta legislación, los gobiernos liberales confiscaron las propiedades del clero, vendiéndolas a sus arrendatarios o sacándolas a subasta.

A mediados del siglo XIX el clero era propietario de más de la mitad de las casas habitación destinadas al arrendamiento en la ciudad, por lo que la venta de esos inmuebles significó la pérdida de una de sus principales fuentes de ingresos. Al mismo tiempo, para disminuir aún más el poder político y económico de la Iglesia, el gobierno liberal tomó la drástica medida de derribar gran número de conventos y destinar para otros usos aquéllos que quedaron en pie. A través de los conventos se abrieron numerosas e importantes calles para facilitar la venta de lotes. Se conservaron la mayoría de iglesias y capillas que habían formado parte de los conventos y un buen número de las situadas en los barrios. Dispersas por todos los rumbos de la ciudad, estas construcciones siguieron siendo, junto con sus plazas, centros de las actividades vecinales de la población. El clero no fue el único afectado, las Leyes de Reforma también posibilitaron la expansión urbana y la creación de

nuevas colonias sobre terrenos de antiguas comunidades indígenas y de corporaciones civiles como el Ayuntamiento.

Entre tanto, la población citadina aumentó de manera considerable: entre 1848 y 1882 pasó de 120 000 a 193 000 habitantes,¹ con su consecuente demanda de vivienda; además, la paulatina estabilización económica dio lugar al incremento de los servicios y a la aplicación de nuevas tecnologías en ellos.

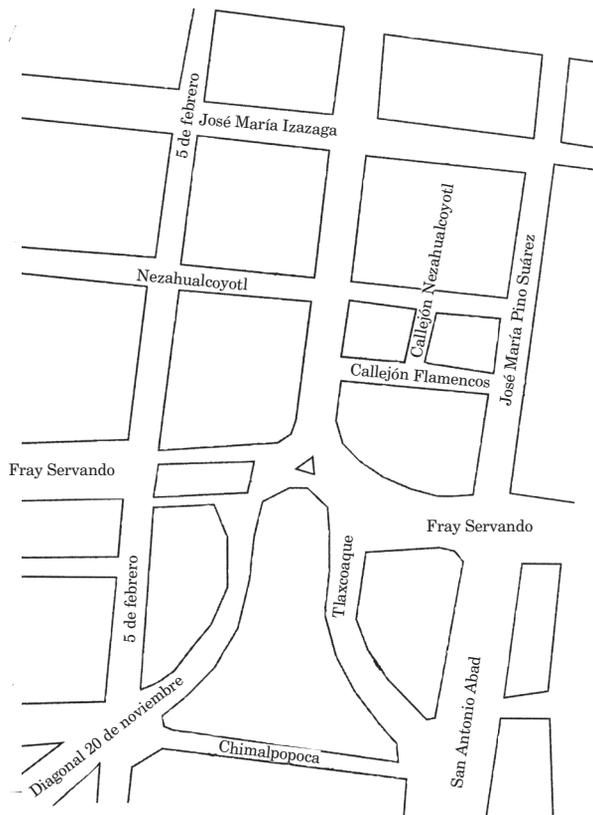
En este trabajo buscamos acercarnos a una zona localizada en la periferia sur de la ciudad de México con el propósito de verla en detalle, realizar un análisis comparativo de los cambios entre 1848 y 1882, y descubrir cómo se manifiestan las grandes transformaciones que experimentó la ciudad en su estructura física y social en un pequeño territorio periférico, pero cercano al centro.²

¹ María Dolores Morales y María Gayón. "Viviendas, casas y usos de suelo en la ciudad de México, 1848-1882", en Rosalva Loreto (coord.), *Casas, viviendas y hogares en la historia de México*, México, El Colegio de México, 2001, pp. 339-377.

² Las fuentes principales utilizadas para este estudio son dos padrones de población: el *Padrón de los habitantes de las casas de esta ciudad, de 1848*, Archivo Histórico del Distrito Federal (AHDF), vols. 3408 y 3409, y el *Padrón de la municipalidad de México 1882*, AHDF, vols. 3424 a 3441. De estas fuentes fue tomada la mayoría de datos sobre las

No había por allí mucho que llamara la atención

Los barrios de Necatitlan y Tlaxcoaque se ubicaban en el espacio comprendido actualmente por las calles de José María Izazaga al Norte; Pino Suárez y San Antonio Abad al Oriente; la calle de Chimalpopoca al Sur y 5 de Febrero al Poniente: por el medio lo cruzan la avenida Fray Servando Teresa de Mier y la diagonal 20 de Noviembre (Plano 1).



Plano 1. Espacio que llegaron a ocupar los barrios de Necatitlan y Tlaxcoaque, de acuerdo a la actual configuración urbana.

Necatitlan y Tlaxcoaque eran un rincón de la ciudad como tantos otros, especial y diferente como cada uno; formaban parte del territorio

personas, sus casas y sus viviendas. En los casos en que provienen de otras fuentes, las mismas se mencionarán a lo largo del texto.

que en el siglo XVI se había destinado a los barrios de Necatitlan y Xoloco, pertenecientes a la parcialidad de San Juan Tenochtitlan.³ Área periférica localizada al sur de la calle de San Miguel donde terminaba la antigua traza española o centro y al Norte de la Zanja Cuadrada que la separaba de los potreros y terrenos fangosos de la Ciénega de San Antonio Abad.

Tenían como vecinos por un lado, al Oriente, a los tradicionales y populosos barrios de San Pablo y del Cacahuatal, y por el otro, al Poniente, a los del Risco y la Retama. Su vecindad con el rastro y con la calzada de San Antonio Abad daban a Necatitlan y a Tlaxcoaque una gran vitalidad y características distintivas, en las que influían el constante tráfico de personas y bestias que traían a la ciudad azúcar, aguardiente de caña, cacao y otros productos de Tierra Caliente, y el paso obligado del ganado para su comercialización.⁴

Era ciertamente un territorio descuidado e insalubre, como tantos otros en la periferia de la ciudad, donde, a decir de Manuel Rivera Cambas, se aspiraban miasmas pestilentes que infectaban el aire, faltaba el empedrado, y en tiempos de lluvias las calles se volvían verdaderos pantanos; en el de secas, se cubrían de polvo, no había agua suficiente ni atarjeas, y los caños permanecían descubiertos con las aguas estancadas.⁵

Las malas lenguas decían que el barrio de Necatitlan era guarida de bandidos y léperos y sitio donde abundaban las pulquerías; pero en realidad era un barrio de trabajadores, pobre y olvidado por los encargados de las obras públicas, aunque sí, había más de una pulquería por manzana, entre ellas la famosa Pulquería de Buenos Aires. Durante la resistencia popular a

³ Andrés Lira, *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México. Tenochtitlan y Tlatelolco, sus pueblos y barrios, 1812-1919*, México, El Colegio de México/El Colegio de Michoacán, 1983, plano 30.

⁴ Guadalupe de la Torre, *Los muros de agua. El resguardo de la ciudad de México, siglo XVIII*, México, Consejo del Centro Histórico de la Ciudad de México/INAH, 1999.

⁵ Manuel Rivera Cambas, *México pintoresco, artístico y monumental*, t. 2, México, Editorial del Valle de México, facsimilar ilustrado, 1974, p. 241.

la invasión yanqui de 1847, Necatitlan se había destacado como un combativo y organizado barrio de patriotas.

No había mucho que llamara la atención por allí, sólo destacaban dos construcciones sencillas dedicadas al culto religioso: la capilla de la Concepción Tlaxcoaque, con su cúpula y campanario, edificada en el siglo XVII y modificada en el XVIII, para la celebración de misas e instrucción religiosa de los indígenas, capilla que se conserva hasta nuestros días (foto 1); y la capilla de Necatitlan, construida en tezontle durante el siglo XVIII, cuya portada barroca desapareció a fines del siglo XIX.



Foto 1. Capilla de Tlaxcoaque en la actualidad.

La zona era conocida por sus plazuelas: la del Rastro y la del Árbol que eran contiguas; la de Necatitlan, la de San Lucas y la del Aguilita. La plazuela del Árbol desapareció alrededor de 1870, cuando la vendió el Ayuntamiento a un particular;⁶ la plazuela contigua, llamada del Rastro, se conservó aunque perdió su nombre para tomar el nombre de la del Árbol, y disminuyó su extensión al ampliarse y regularizarse las casas de la manzana contigua. La plaza del Aguilita desapareció en la década de 1850.

Del acueducto de Chapultepec, continuando por cañerías, venía el agua que se distribuía a las dos fuentes públicas que había, una en la plazuela del Árbol y otra en la calle de San Mi-

guel. En 1882 se instaló además otra fuente en la misma calle y se construyeron 17 pozos artesianos. En la plazuela de San Lucas estaba una casa construida originalmente para el presidio de San Carlos, y que a fines del siglo XVIII y principios del XIX alojó al estanco de la pólvora; después pasó a ser propiedad del Ayuntamiento, y aunque cambió su uso continuó siendo conocida como la Casa de la Pólvora. En lo más apartado del barrio de Necatitlan, cerca de la Zanja Cuadrada, se construyó en la década de 1820 una plaza de toros, y aunque para 1848 ya había desaparecido por la quiebra de sus promotores, y el terreno vendido a los acreedores y convertido en corral, en algunos de los planos de mediados del siglo XIX y en la memoria de los habitantes se percibían todavía sus huellas.

Las calles de Necatitlan y Tlaxcoaque en general llevaban los nombres de los edificios importantes de sus alrededores, como la calle de San Miguel por la parroquia ubicada al otro lado de la acequia, y la de Tlaxcoaque por la capilla; la del Rastro, por el edificio del matadero situado al Oriente; la calle de Necatitlan, por el antiguo barrio indígena y su capilla y derivado de la palabra indígena de *nacatitlan*, que quiere decir junto a la carne;⁷ y el callejón de Cabezas, por los comerciantes en cabezas que vivían cerca del rastro y adobaban las cabezas del ganado para vocearlas y venderlas por las calles.⁸

El callejón de Santa Gertrudis fue bautizado así por la imagen que estaba en la esquina suroeste del callejón; la del Puente de San Antonio Abad, por el puente y la garita situadas al inicio de la calzada; y el nombre del callejón del Ave María, venía, según dice José María Marroquí, de la exclamación que era común pronunciar al entrar a ese callejón estrechísimo, sin empedrado, inmundo y oscuro y donde las personas oraban mientras lo cruzaban.⁹

El plano de 1882, al compararlo con el de 1848, muestra las transformaciones en la estructura vial que se dieron al modificarse el trazo de man-

⁶ José María Marroquí, *La ciudad de México*, t. 1, México, La Europea, 1900-1903, p. 456.

⁷ *Ibidem*, t. 3, p. 122.

⁸ *Ibidem*, t. 2, p. 7.

⁹ *Ibidem*, t. 1, p. 478.

zanas y calles: una de ellas, en la manzana ubicada al sureste de la calle de San Miguel, formaba una escuadra limitada al Sur por la plazuela del Árbol, que se comunicaba con la del Rastro a través de un callejón, y al venderse la plazuela del Árbol se construyeron allí una casa y un corral. Al desaparecer el antiguo callejón y regularizarse la manzana se formaron dos nuevos callejones: el del Árbol y el del Zacate, con lo que la manzana adquirió una forma rectangular. Las dos manzanas localizadas al Sur de la plazuela de Necatitlan también se regularizaron y se perdió la plazuela del Aguilita (Planos 2 y 3).

Los cambios notados en este grupo de manzanas pertenecientes a los barrios de Necatitlan y Tlaxcoaque no son aislados, son parte y reflejo de los grandes procesos que se venían dando en la ciudad de México. Las ventas de plazuelas, callejones o terrenos pertenecientes al Ayuntamiento o a las comunidades, completos o por fracciones, aunque no eran una novedad, se incrementaron notablemente en la segunda mitad del siglo XIX como parte de las adjudicaciones y ventas a los denunciados de baldíos, como se puede ver en los expedientes del Archivo Histórico del Distrito Federal.¹⁰

La gente del barrio

Por esa época, los barrios situados en la periferia sur de la ciudad estaban densamente poblados; Necatitlan y Tlaxcoaque no eran la excepción: en 1848 fueron censadas allí 2 036 personas y 2 986 en 1882, lo que corresponde a un aumento de 46 por ciento, tanto más significativo si tomamos en cuenta que en la zona disminuyó tanto el número de casas como el de viviendas. En el conjunto de la ciudad la población aumentó en 60 por ciento entre esos años, mientras el número de casas creció 40 por ciento y el de las viviendas 70 por ciento.

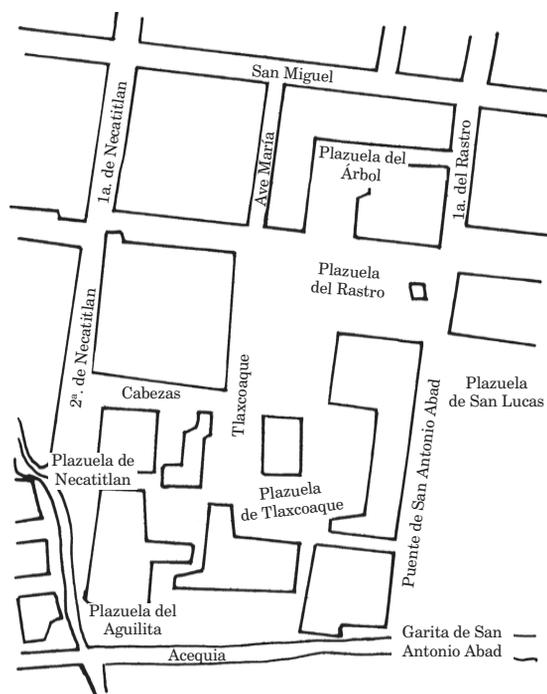
¹⁰ AHDF, Sección Fincas de la ciudad, vol. 1085, exp. 25; Sección Terrenos, vol. 4035, exp. 607; vol. 4036, exp. 676; vol. 4040, exp. 1016, y vol. 4043, exp. 1187.

Entre los habitantes de Necatitlan y Tlaxcoaque predominaban las mujeres: en 1848 había 953 hombres y 1 083 mujeres; para 1882 se censaron allí 1 307 hombres y 1 677 mujeres. La relación era por tanto de casi 9 hombres por cada 10 mujeres, y de casi 8 hombres por cada 10 mujeres en 1882, acercándose en este año a lo que fuera un patrón normal de distribución por sexo para la época.

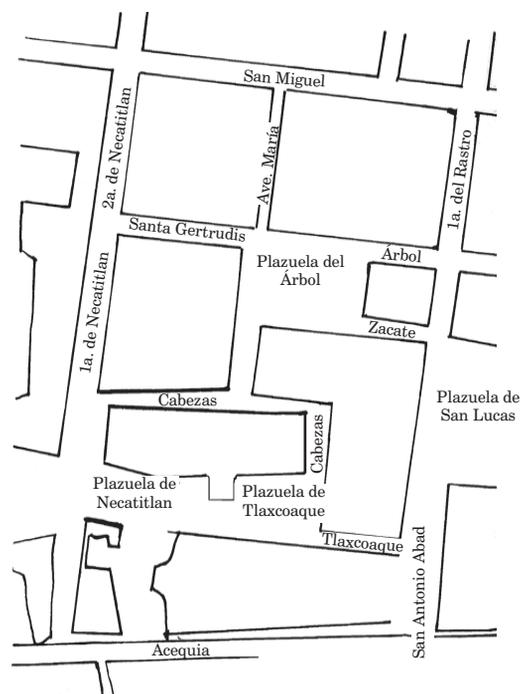
Eran barrios de gente joven, el promedio de edad de las personas que residían allí era de 25 años en 1848 y de 24 en 1882. Influyó en esto que en 1848 predominaban los que tenían entre 16 y 30 años, pues constituían el 38 por ciento de la población; en tanto para 1882 la población infantil y juvenil de 1 a 15 años representaba 39 por ciento, y la población mayor de 45 años era reducida.

En 1848 vivían allí solamente 4 personas que tenían 80 años o más. Don Fernando Ordóñez era el mayor, cuando lo entrevistó el censor declaró tener 100 años y trabajar aún como herrero, vivía solo, en una accesoria que ocupaba desde hacía 30 años, por la que pagaba \$3.00 mensuales; don Pablo Herrera era un viudo de 91 años, vivía y trabajaba en un taller de escultura en compañía de su hija Anita, de 52 años. Los otros dos mayores eran una pareja, don José Velasco y doña Josefa Corona, ambos de 80 años; vivían con sus hijos Manuel y Casimiro Velasco, y con sus nueras y nietos, en una propiedad de don José que funcionaba también como casa de matanza.

En 1882 había 6 personas que tenían 80 años o más: 5 mujeres y un hombre. Tomasa Rodríguez era la mayor, tenía 90 años y vivía sola en un cuarto del callejón del Zacate; Juana Muñoz y Salvadora Gutiérrez tenían 82 años, doña Juana ocupaba una vivienda alta en la calle de San Miguel con su sobrino Ángel del Castillo, mientras doña Salvadora rentaba un cuarto bajo al lado del que ocupaba su hijo Mariano, en el callejón de Cabezas. Dolores Acosta, María Campos y Miguel Suárez declararon tener 80 años, y los tres vivían en cuartos: doña Dolores y don Miguel en el número 3 del callejón de Cabezas, y doña María en la plazuela del Árbol.



Plano 2. Los barrios de Necatitlan y Tlaxcoaque, en su configuración espacial de 1848.



Plano 3. Los barrios de Necatitlan y Tlaxcoaque, con las modificaciones habidas hasta el año de 1882, que incluyen cambios en el trazo y manzanas.

Las dos mujeres compartían sus cuartos con algunos familiares, mientras don Miguel, de oficio carnicero, vivía solo.

En Necatitlan y Tlaxcoaque encontramos una gran cantidad de mujeres solas, solteras y viudas, junto a numerosos niños, por lo que Antonia, Matiana y las hermanas Sánchez que vivían allí, no eran mujeres fuera de lo común: Antonia tenía 40 años en 1848, era originaria de Puebla y trabajaba como lavandera, ocupaba un cuarto en el segundo patio de una casa en la calle de San Miguel, por el que pagaba \$2.25 de renta; ella vivía con sus 6 hijos.

En otro cuarto de la misma calle, poco más adelante, vivía Matiana Jardón, una viuda de 46 años, con sus hijas Simona y Andrea de 12 y 11 años, ellas se ocupaban como lavanderas y eran originarias de Toluca. En una pequeña accesoria frente a la plazuela del Aguilita vivían Juana y María Antonia Sánchez, ambas eran viudas y originarias de

Maravatio, juntas rentaban un cuarto por \$2.00, donde vivían con sus hijos: Jesús y Dolores de 11 años, y Eligia, Merced y Aniceto de 8, 7 y 3 años, respectivamente.

La situación de gran número de mujeres en Necatitlan y Tlaxcoaque no había cambiado mucho para 1882, allí encontramos en un cuarto de la plazuela de San Lucas a doña Agapita Girón, de apenas 36 años, haciéndose cargo ella sola de sus 6 hijos. No lejos de allí, en un cuarto bajo de una casa sin número de la plazuela de Necatitlan, doña Viviana Maza de 35 años había quedado sola con sus 5 hijos de entre 5 y 16 años: Josefa, Regina, Saturnino, Ángela y Enrique.

El gran número de habitantes en el barrio entre 16 y 30 años, sobre todo mujeres, está relacionado con los inmigrantes que llegaban a establecerse a la ciudad en busca de mejores oportunidades de trabajo. Casi una quinta parte de los

pobladores de Necatitlan y Tlaxcoaque habían llegado de fuera, sólo algunos del extranjero: de España, Francia o La Habana; la mayoría provenía de Puebla, Toluca, Pachuca, Apan, Tula, Tulancingo, Querétaro, Morelia, o de lugares cercanos del Valle de México, como Tlalpan, Coyoacán, San Ángel, Tacubaya, en fin.

En 1882 Necatitlan y Tlaxcoaque contaban entre sus habitantes a 9 hombres extranjeros: 4 españoles, Manuel P. Fernández propietario de uno de los corrales de ordeña más grandes de la ciudad; Federico Madraza, empleado del corral de don Manuel; los hermanos Fernando y Agustín Mijares, propietarios de una tienda ubicada en la plazuela de San Lucas; 2 franceses: Alejandro Nauret y Jacinto Cogordan, ambos comerciantes; 2 cubanos: Braulio Franco, empleado, y Aurelio Arce, estudiante; el otro extranjero era un profesor estadounidense llamado Cristóbal Gaugh.

La mayor parte de las mujeres que habían llegado de fuera a establecerse en Necatitlan y Tlaxcoaque trabajaban como sirvientas, molenderas y lavanderas; mientras los hombres en su mayoría se habían establecido como albañiles, comerciantes, cocheros y sirvientes.

Aun cuando en Necatitlan y Tlaxcoaque el número de mujeres era mayor que el de hombres, en 1848 había mucho más hombres casados que mujeres casadas: 505 hombres y 357 mujeres; estos datos tan diferentes se compensaban con el número de mujeres solteras: 226, en tanto que sólo había 152 solteros, y sobre todo con el número mucho más alto de viudas que de viudos: 220 mujeres y 47 hombres. En 1882 el número de solteros y viudos era de 745 mujeres y 409 hombres, y sin embargo el número de mujeres casadas era mayor que el de los casados: 502 mujeres y 461 hombres.

Carlota Padilla era la viuda más joven: en 1848 tenía 14 años, era originaria de Xochimilco y compartía la vivienda con Francisca de 16 años, y la pequeña Isabel de 2. Secundina Ramírez también era viuda, tenía 15 años y vivía con su mamá doña Carmen. En el conjunto de la ciudad de México, la viuda más joven anotada por los censores en 1848 tenía 13 años y había otras cuatro viudas de 14 años; en tanto, para 1882 las

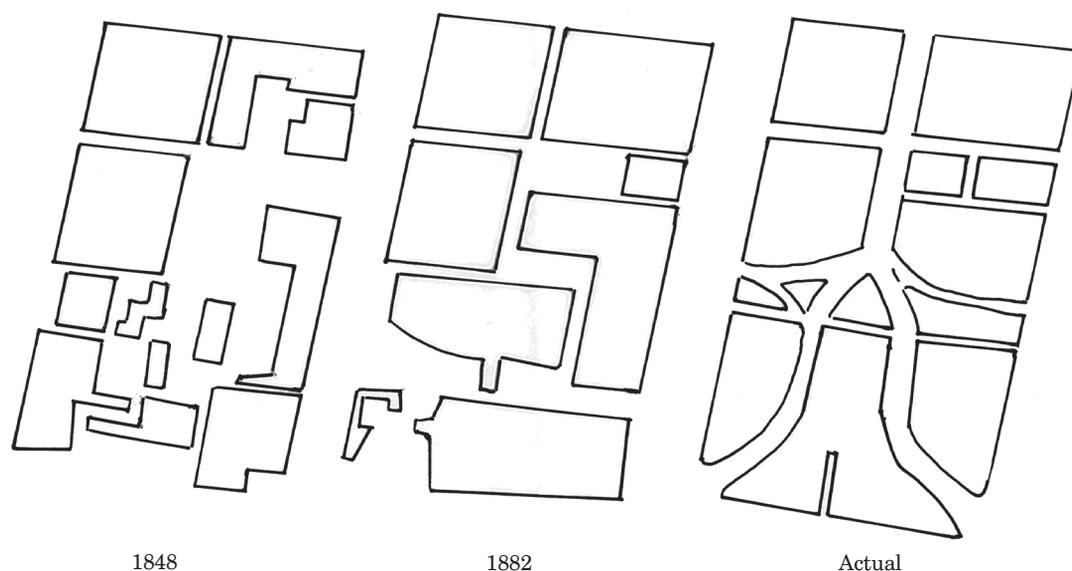
viudas muy jóvenes eran seis: 3 de 14 años, 2 de 13, y la más joven, Rafaela Salgado, de 12 años, que vivía con su mamá y sus hermanos.

La edad de los hombres viudos era más alta, y en 1848 el menor era Juan Torrises, comerciante de 23 años; en el resto de la ciudad el viudo más joven tenía 17 años y había 22 más de la edad de Juan Torrises o menores. La juventud de algunos viudos estaba relacionada también con la temprana edad de muchos de los matrimonios, pues en 1848 había 3 mujeres casadas de 12 años y 2 hombres casados de 13. La casada más joven de Necatitlan y Tlaxcoaque era Dominga Martínez, de 14 años, había llegado de Pachuca y trabajaba como sirvienta en una casa de la calle de San Miguel. Don Pedro Miranda era el menor de los casados, tenía 18 años, mientras doña Josefa Gómez, su mujer, tenía 25. En 1882 José Perea era el casado más joven de estos barrios, tenía apenas 14 años y trabajaba como toquillero.

Más personas en menos viviendas

Mientras que la ciudad de México registró entre 1848 y 1882 un aumento significativo en el número de casas y un incremento mucho mayor en el de viviendas que las integraban, tanto en el centro de la ciudad como en su periferia, en la zona de Necatitlan y Tlaxcoaque se dio un proceso contrario: las casas y viviendas disminuyeron. En 1848 se censaron 120 casas y 1050 viviendas, y para 1882 el empadronador anotó solamente 93 casas y 820 viviendas. El aumento demográfico en la zona no se reflejó en el incremento de viviendas, sino que resultó en una convivencia mucho mayor de personas al interior de cada casa (Plano 4).

La mayoría de casas en Necatitlan y Tlaxcoaque estaban divididas para su arrendamiento en 2, 3 y hasta 42 viviendas. De las 120 casas de 1848, 35 estaban compuestas por 1 o 2 viviendas; 43 casas tenían de 3 a 9 viviendas y el resto, 42 casas, estaban subdivididas entre 10 y 40 espacios habitacionales; mientras en 1882 de las 93 casas, 26 se componían de 1 o 2 viviendas, 35



1848

1882

Actual

Plano 4. Cambios en el trazo de las manzanas en Necatitlan y Tlaxcoaque.

tenían entre 3 y 9 viviendas y las 32 restantes se dividían entre 10 y hasta 42 habitaciones.

Por ello, menos de 10 por ciento de la población de Necatitlan y Tlaxcoaque habitaba en casas compuestas por 1 o 2 viviendas, eran casas solas o que rentaban una accesoria; una cuarta parte ocupaba inmuebles divididos entre 3 y 9 viviendas y cerca de 70 por ciento de la gente del barrio vivía en casas subdivididas en más de 10 viviendas.

Muchas de las casas de múltiples viviendas eran conocidas por los vecinos por sus nombres; así, en la plazuela del Aguilita se hallaban la “casa de vecindad de la antigua plaza de toros”, de reciente construcción y compuesta de 26 cuartos y accesorias, y la “Casa de la Cruz” de antigua confección colonial, con 11 cuartos y accesorias. Entre las casas de vecindad de la zona estaban, entre otras: la “Casa de la Hojalata”, con múltiples cuartos y accesorias en la calle de la Rinconada de Tlaxcoaque; la “Casa de Nuestra Señora del Carmen”, también sobre la misma calle y formada por viviendas, cuartos, una covacha y varios jacaes; y la “Casa de San Antonio”

sobre la calle de San Miguel, con viviendas principales e interiores, cuartos de primero, segundo y tercer patio y varias accesorias a la calle.

Las casas de más de 10 viviendas, 42 en 1848 y 32 en 1882, concentraban a una creciente población, el número de los habitantes en estas casas pasó de 1366 personas en 1848 a 2053 en 1882. Así, el promedio de habitantes por casa en las fincas compuestas por más de 10 viviendas se duplicó, pasando de 32 a 64 personas, mientras en las casas integradas por menos viviendas el número de personas por casa aumentó en menor medida: en las casas que tenían de 3 a 9 viviendas el promedio de personas por casa pasó de 12 a 21, y en las casas de una o 2 viviendas el promedio se incrementó de 5 a 8 personas.

Dos de los inmuebles que tenían un mayor número de viviendas en la zona eran los mismos, tanto en 1848 como en 1882; éstos estaban situados en las dos manzanas que daban a la calle de San Miguel en su acera Norte, el primero de ellos era la “Casa de San Antonio”, que se subdividía en 40 espacios habitacionales: 13 viviendas, 23 cuartos y 4 accesorias; en 1848 poco

más de la mitad de estos espacios estaban vacíos y la casa alojaba sólo a 82 personas; en 1882 residían allí 120 personas y sólo 5 viviendas estaban vacías.

La segunda casa, en la manzana contigua, estaba integrada por 34 cuartos y 3 accesorias, y en 1848 el inmueble albergaba a 96 residentes y 8 de las viviendas estaban vacías; para 1882, aunque había el mismo número de viviendas vacías, ocupaban la casa 125 personas.

En 1882 había además una finca situada en el Puente de San Antonio Abad donde vivían 138 personas, la casa estaba compuesta por 42 cuartos, 7 de ellos vacíos. Pero no sólo en Necatitlan y Tlaxcoaque se localizaban inmuebles de múltiples viviendas, pues en 1848 había en el conjunto de la ciudad 58 casas formadas por más de 30 viviendas y la casa con más viviendas tenía 75; para 1882 el número de casas con más de 30 viviendas aumentó a 213 y la casa más subdividida contaba con 104 cuartos.

Pagar la renta

El conjunto de las ciento veinte casas de Necatitlan y Tlaxcoaque pertenecía en 1848 a 59 propietarios: 56 de ellos particulares y 3 corporaciones de la Iglesia. La mayor parte de los primeros, 54 por ciento, poseía una sola casa, el 21 por ciento era poseedor de dos inmuebles y otro 25 por ciento concentraba entre 3 y 7 fincas.

La concentración de la propiedad inmobiliaria en la zona no era tan alta como en el conjunto de la ciudad. A diferencia de la zona central, donde para 1848 la mitad de las casas era propiedad de la Iglesia, aquí predominaban los particulares, aunque estaban presentes 3 de los grandes propietarios del clero: el convento de Regina, que tenía 7 casas divididas en 29 viviendas para renta y cuyo valor era mayor a \$3 000.00; el convento de la Merced poseía 4 inmuebles divididos en 24 viviendas de alquiler con valor superior a \$20 000.00, mientras el convento de Balvanera tenía en la zona una sola casa con 9 viviendas para alquiler y valor de \$2 500.00. Los inmuebles destinados al alquiler en el conjunto de la ciudad de México de

estos tres conventos eran: Regina con 65 casas; La Merced con 80 y Balvanera con 60.

En el barrio 2 particulares concentraban los inmuebles con valor mayor a \$50 000.00: Juana Avilés y Ángel Figueroa tenían respectivamente 5 fincas con 66 viviendas, y 6 fincas compuestas por 83 viviendas. Ángel Figueroa tenía además 2 casas para arrendamiento en otros rumbos de la ciudad.

El grupo de todos los propietarios de Necatitlan y Tlaxcoaque representaba menos de 6 por ciento del total de los jefes de familia, por lo que el resto de las familias, 94 por ciento, ocupaban inmuebles de alquiler y tenían que pagar renta; la excepción eran las familias de algunas de las caseras, que ocupaban generalmente un cuarto a la entrada de las casas de viviendas múltiples a cambio de sus servicios.

En la zona de Necatitlan y Tlaxcoaque el precio promedio pagado como renta mensual era de \$2.84, siendo los contrastes poco marcados en comparación con el resto de la ciudad. Las rentas más baja eran de \$0.25 pagados por un cuarto deteriorado y de \$0.50 que pagaban dos cuartos, uno en la segunda calle de Tlaxcoaque ocupado por Vicenta Ribera, recaudera, y el otro en la plazuela del Árbol donde habitaba un cargador, don José Abundio con su mujer y su hija. El alquiler más alto alcanzaba el monto de \$50.00 y sólo era pagado por 3 inmuebles: el primero era el ocupado por el comerciante León Aduna con una tienda establecida en una gran accesoria de la "Casa de la Pólvora"; el segundo era una casa habitación donde funcionaba además una fábrica de pantalones, en la que vivían cuatro comerciantes españoles: Sinfiorano Sobrino, Francisco Peláez, Domingo Harla y Dionisio Quinea, así como tres sirvientes: Luis y Juana Luna y Casiana (sin apellido); la tercera era una casa habitación al frente de la cual estaba doña Juana Hernández, propietaria de varias fincas, acompañada de otras 3 mujeres adultas, un hombre mayor y tres niños. Había otra casa por la que el francés Guillermo Roubiere pagaba \$40.00 de renta mensual, vivía allí con su familia y había establecido un corral de pulquería. Las rentas mensuales de los demás inmuebles de la zona no pasaban de \$30.00.

En el conjunto de la ciudad la renta promedio mensual era de \$7.40; en el centro alcanzaba \$11.17 y en la periferia el promedio era de \$3.13. En el conjunto se presentaban grandes contrastes, que iban de \$0.13 pagados por el alquiler de un jacal a \$500.00 pagados por algunas de las residencias y de los grandes almacenes ubicados en la zona más centrica.

Cuartos, accesorias, viviendas y uno que otro jacal

En Necatitlan y Tlaxcoaque la configuración más común de las casas era la integrada por cuartos y accesorias como era el caso de la “Casa de la Cruz”, compuesta por trece cuartos y dos accesorias, o de la casa número cinco de la calle de San Lucas integrada por siete cuartos y una accesoría.

En 1848 había también un buen número de casas compuestas sólo por accesorias, como la situada sobre la calzada de San Antonio Abad perteneciente a don Francisco Esponda y que tenía 28 accesorias. En 1882, aun cuando había varias casas de sólo accesorias, era mayor el número de inmuebles divididos sólo en cuartos, como la casa localizada en la calle de San Miguel número 2, formada por 37 cuartos bajos, o la del Puente de San Antonio Abad 4, integrada por 42 cuartos. Cada uno de estos tipos de casas, las de cuartos y accesorias, las de sólo accesorias y las de sólo cuartos representaba cerca de 20 por ciento del total de las casas.

Dentro del conjunto de espacios habitacionales al interior de las casas, más de 60 por ciento eran cuartos. La renta mensual que se pagaba por los cuartos en la zona iba de \$0.25 a \$9.00, siendo en promedio de \$1.93 mensuales. En toda la ciudad, tanto en el centro como en la periferia, el cuarto era también el tipo de vivienda más numeroso, y representaba 50 por ciento del total de espacios habitables.

Las viviendas, generalmente compuestas de al menos 2 cuartos, constituían para 1848 solamente 4 por ciento de todos los espacios habitacionales del barrio, y 11 por ciento para 1882. Mientras en

el conjunto de la ciudad las viviendas constituían 11 por ciento en 1848 y 19 por ciento en 1882.¹¹

Las accesorias, que en Necatitlan y Tlaxcoaque seguían en número a los cuartos, constituían 24 por ciento de los espacios habitacionales en 1848 y 16 por ciento en 1882. Una buena parte de las accesorias tenía, además del espacio con acceso al exterior, un cuarto al que en el caso de los comercios se le denominaba trastienda. En el conjunto de la ciudad las accesorias constituían la quinta parte de todos los espacios habitacionales.¹²

El precio promedio de alquiler de las accesorias era de \$3.84 y variaba entre \$1.00 y \$16.00 mensuales; el de las viviendas era de \$8.91 en promedio, con variaciones de entre \$2.50 y \$28.00. En 1848 se censaron en el barrio 49 jacaes, que equivalían a 4 por ciento de las viviendas, y pagaban en promedio \$1.00 de renta mensual.

Vivir y trabajar en un mismo espacio

Don Tomás Guerrero, de oficio bizcochero, rentaba sobre la calle de San Miguel una casa en que funcionaba un obrador de bizcochos; vivía allí con su esposa Rafaela Muñoz y otros tres bizcocheros: los hermanos José María y Encarnación González y Epifanio Salgado. Cerca, sobre el callejón del Ave María había una pulquería que ocupaba dos accesorias contiguas y cerraba al anochecer, pues allí no vivía nadie.

En Necatitlan y Tlaxcoaque la mayoría de viviendas tenía un uso habitacional, pero en alrededor de 11 por ciento de ellas se realizaba una actividad económica, ya fuera compartida o no con el uso habitacional, como sucedía en la casa de don Tomás Guerrero, o sólo de uso económico como en la pulquería del callejón del Ave María. Este 11 por ciento era semejante al de las viviendas que tenían uso económico en toda la periferia de la ciudad, y por supuesto mucho más bajo que el de las viviendas con uso econó-

¹¹ María Dolores Morales y María Gayón, *op. cit.*, pp. 345-346.

¹² *Idem.*

mico del centro, donde alcanzaban 19 y 26 por ciento, respectivamente, en 1848 y en 1882.¹³

Los negocios en Necatitlan y Tlaxcoaque

Dentro de las viviendas con uso económico en Necatitlan y Tlaxcoaque predominaban las dedicadas al comercio, que tanto en 1848 como en 1882 eran en su mayoría minúsculas tiendas para la clientela de la cuadra: tendajones, estanquillos, carbonerías y pulquerías. La excepción en 1848 eran 2 negocios de mayor tamaño: una tienda en la plazuela de San Lucas y una gran pulquería en la plazuela del Árbol, y en 1882 eran la tienda de abarrotes de los hermanos Mijares y un expendio de camas. El número de pulquerías había aumentado y se encontraban algunos negocios nuevos: recauderías y carnicerías, además de una trapería y el citado expendio de camas.

El número de viviendas con uso comercial disminuyó entre 1848 y 1882 de 57 a 45, a la par que aumentaron las destinadas a la producción y a los servicios. Las primeras se incrementaron de 14 a 23 y las destinadas a los servicios de 8 a 15. La mayoría de negocios se dedicaba a la elaboración y comercio de alimentos y bebidas para el consumo del barrio: en los hogares de Necatitlan y Tlaxcoaque numerosos artesanos producían pan, bizcochos, tortillas y tocino. Para 1882 se habían establecido en la zona tres novedosos negocios: una fábrica de cerveza y 2 molinos de café. La fábrica de cerveza ocupaba a 14 operarios y a 2 dependientes; los molinos de café, aun cuando sólo se ocupaba en ellos su dueño con 1 o 2 empleados, buscaban, junto con las cafeterías, extender el consumo del café entre los habitantes de la ciudad de México. Las primeras cafeterías, con su molino anexo, se establecieron en el centro de la ciudad en el decenio de 1840 y se pusieron de moda en las siguientes décadas.

¹³ María Dolores Morales y María Gayón Córdova, "Casas y viviendas de la ciudad de México: espejos de las transformaciones urbanas 1848-1882", en *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, vol. VII, núm. 146 [http://www.ub.es/geocrit/nova.htm].

En 1848 funcionaba una fábrica de pantalones donde vivían 4 comerciantes españoles y 3 sirvientes, y una carrocería donde vivía la familia Rodríguez, pero la mayoría eran pequeños talleres artesanales de herrería, fragua, hiladuría, velería, confitería, cohetería, y un obrador de botica.

En 1882 había en dichos barrios otros pequeños negocios artesanales, entre ellos 5 carpinterías, 2 carrocerías, 3 velerías, 2 zapaterías, una herrería y una hojalatería. La mayor parte de estos negocios instalados en accesorias no estaban habitados por los artesanos, contrario a lo que ocurría en 1848, cuando eran mayoría los negocios donde los artesanos trabajaban y vivían con sus familias.

En el sitio donde había estado la antigua plaza de toros de Necatitlan se estableció, en la segunda mitad del siglo XIX, uno de los más importantes corrales de ordeña de la ciudad, propiedad de don Manuel P. Fernández, español que vivía en el inmueble anexo con su esposa Josefa Santelis, 6 hijos pequeños y un empleado. En el corral ocupaba a 20 trabajadores para atender a unas 200 cabezas de ganado. Don Manuel poseía además otros 2 grandes corrales de ordeña fuera de nuestra zona de estudio, en la cerrada de Jesús y en la calle de San Felipe.

Necatitlan y Tlaxcoaque contaban con unos cuantos inmuebles dedicados a la prestación de servicios. Se hallaban entre éstos las 2 capillas del barrio, y entre los negocios había en 1848 una barbería, un baño, una fonda y 3 bodegas; para 1882 la situación no había cambiado mucho: seguían funcionando la barbería y el baño, las fondas eran entonces 4 y las bodegas 5. Una de las fondas era de gran tamaño, y su dueño, don Mauricio Sánchez, ocupaba a 5 sirvientes. Se había establecido también allí, en la antigua "Casa de la Pólvora", un almacén de obras públicas del Ayuntamiento que daba mucho movimiento a la zona, pues contaba con 28 carros y 29 bestias de tiro. Además compar-tía dicho inmueble con una escuela, la Amiga Municipal número 15, a cargo de la maestra doña Loreto Martínez, que daba cuenta del impulso liberal a la educación y permitía, por pri-

mera vez, a las 50 niñas inscritas estudiar en su mismo barrio.

Un oficio familiar

Necatitlan y Tlaxcoaque eran barrios de trabajadores, la gente allí empezaba a trabajar desde temprana edad: alrededor de 90 por ciento de los hombres mayores de 10 años declaró tener una ocupación remunerada, tanto en 1848 como en 1882.

Los trabajadores más pequeños eran considerados aprendices. Antonio Rivera y Valeriano Galindo de 7 años, Jesús Ramírez de 8 y Luis Flores de 9 años, entre otros niños, eran aprendices de tejedor, cigarrero, zapatero y cohetero. Los trabajadores de Necatitlan y Tlaxcoaque un poco mayores, de 10 y 11 años ya no eran considerados como aprendices en 1882; Nicolás Carmona y Esiquio Espinosa, ambos de 11 años, fueron anotados en el padrón de 1882 como veleros, en tanto Atilano Bravo, también de 11, declaró trabajar como herrero.

Cerca de la mitad de los trabajadores del barrio eran artesanos, y se especializaban en una gran variedad de artes: zapateros, sastres, carpinteros, herreros, sombrereros, bizcocheros, etcétera. Sin embargo, y quizá por la cercanía del rastro, la rama del cuero y la piel era la que agrupaba a un mayor número de artesanos: zapateros, curtidores y talabarteros. En 1848, en la casa número 3 letra A de la plazuela del Árbol, 5 zapateros ocupaban los cuartos número 2, 6, 16, 17 y 18, lo cual no era extraño, ya que la mayoría de los zapateros vivía y trabajaba en cuartos por todas las calles del barrio. Sólo unos cuantos zapateros vivían y trabajaban en accesorias. En 1882, en la casa 2 de la misma plazuela vivían nueve zapateros en los cuartos 1, 3, 4, 5, 6, 7, 12, 15 y en la accesoria. Sólo 8 de 84 zapateros habitaban en accesorias, entre ellos don Miguel Lemus y su hijo Manuel, que ocupaban una accesoria en el callejón del Ave María. La accesoria daba a los Lemus una cierta ventaja para la venta directa de sus productos, aun cuando su local no era considerado zapatería.

Sólo 2 accesorias fueron anotadas como talleres de zapatería, una en la que no vivía nadie, y la de Necatitlan 8, donde vivía el zapatero Policarpo Castañeda.

Los tejedores también eran numerosos, entre ellos era común que los hijos siguieran el oficio del padre y compartieran sus cuartos, viviendas o accesorias con otras personas de su misma ocupación. Así sucedía en 1848 con los hijos de don Nicanor Ramírez, tejedor de 44 años que ocupaba una vivienda en la segunda calle de Necatitlan con sus hijos Rodrigo, Pedro y Petronilo, de 19, 16 y 15 años, los 3 también tejedores y con Laureano Martínez, otro tejedor de 24 años. En 1882, Juan Delgado, talabartero de 45 años, compartía un cuarto en la plazuela de Necatitlan con su esposa y 5 hijos, 2 de ellos, Agapito y Juan, de 28 y 12 años, también eran talabarteros.

Seguir un mismo oficio en la familia o compartir la vivienda con otros trabajadores del mismo ramo, ya fueran familiares o no, era algo frecuente no sólo en los negocios de mayor tamaño, como el obrador de bizcochos de la calle de San Miguel, donde en 1848 vivían y trabajaban 4 bizcocheros, sino también en los pequeños cuartos. En el cuarto 15 del callejón de Santa Gertrudis vivían los González: don Juan, zapatero, y su esposa Dolores Sánchez, estanquera, con ellos vivían sus hijos Desiderio y Ramona, él zapatero y ella estanquera, así como Victoriana Gutiérrez, también estanquera. Así también los Navarrete: Miguel, Filomeno y Andrés eran mercilleros; en un jacal del callejón de Tlaxcoaque vivían las Olvera, todas ellas de oficio molenderas: Josefa, Catarina, María, Lobera y Vicenta compartían el jacal con su hermano Antonio Olvera, gamucero, y con la esposa de éste, Juliana Jiménez, también molendera. En 1882, en un cuarto que daba a la plazuela de San Lucas vivían los Maza: Tomás, Bernabé, Francisco y Amado, que ejercían el oficio de cereros; en la plazuela de Tlaxcoaque vivían los García: José María, Pedro y Gabriel, carpinteros todos. Otros artesanos que compartían la vivienda y el oficio eran los hermanos Salcedo: Manuel y Antonio, ambos sastres; los hermanos Bravo, Rodolfo y Atilano, tenían el oficio de he-

reros, mientras Luis Carmona y su hijo Nicolás eran veleros.

Pasar la vida trabajando duro

Poco más de una quinta parte de los ocupados de Necatitlan y Tlaxcoaque se dedicaba al comercio, en especial al de la carne: ambulantes de cabezas y menudencias recorrían el barrio cada mañana, mientras la mayoría de carniceros, matanceros, tablajeros y partidores salían temprano hacia el rastro y los comercios establecidos por otros rumbos, pues en el barrio eran escasos los negocios de este ramo.

También en el comercio de la carne era común que una familia siguiera el mismo oficio y compartiera la misma vivienda. En 1882, en la casa sin número del callejón de las Cabezas vivían 8 carniceros: los hermanos Trinidad y Jesús García, de 20 y 19 años en el cuarto 1; Pablo, Justo y Eusebio Serna de 30, 22 y 16 años en el cuarto 3; y Prudencio Ruiz, Isidro Hidalgo y Julio Huerta ocupaban los cuartos 5, 10 y 11. Siete matanceros habitaban la casa 12 de la plazuela de Tlaxcoaque: los hermanos Jesús, Celio y José María Cano compartían el cuarto 1; en tanto Isidoro y José Hidalgo, Reyes Molina y Carmen Corona ocupaban el 5.

En 1848, don Gaspar Fonseca tenía una tienda en la calle del Árbol, donde vivía con su esposa Guadalupe Fuentes y su hija Manuela. La mayor parte de tenderos, tendajoneros, estancuilleros, vinateros, carboneras, maiceras, recauderas y demás comerciantes del barrio, vivían como don Gaspar: en compañía de sus familias en el mismo inmueble en el que tenían su local, y sólo en ocasiones en compañía de sus dependientes y sirvientes. En la tienda de María Gracilazo, en el callejón de Cabezas, donde vivían y trabajaban con Guadalupe Saavedra, también comerciante, Ruperto Basurto, sirvienta, y con Francisco Medina, cajero. En 1882, en una gran tienda de la calle del Rastro vivían los comerciantes Telésforo Tenorio, Magdaleno Mejía, Ricardo Robles, Francisco Cisneros y Luis Castro, los otros empleados no vivían allí.

En 1848 la gran mayoría de pulquerías de la ciudad estaban habitadas. En Necatitlan y Tlaxcoaque sucedía lo mismo, en general vivía en ellas el propietario o el dependiente con su familia. Juana Ramírez era la dependiente de una pulquería ubicada a la entrada de la ciudad, sobre la calzada de San Antonio Abad, vivía allí con sus hijos José Guadalupe, Francisco y Bernarda; el mayor, de 7 años, fue anotado en el padrón de 1848 como aprendiz de pulquero. Una de las pulquerías más grandes del barrio era atendida por su propietario, el francés Guillermo Roubiere, quien además vivía en ella con su esposa Adelaida y sus hijos Julio y Bruno. Para 1882 la situación en las pulquerías de Necatitlan y Tlaxcoaque había cambiado, aun cuando eran más numerosas, dueños y dependientes ya no vivían en ninguna de ellas.

Los trabajadores del barrio que atendían negocios dedicados a la prestación de servicios, aun cuando no eran tan numerosos, eran bien conocidos: en 1848 era fácil localizar al barbero don Mariano Iglesias, al encargado del baño don Francisco Pedroza, o a doña Teresa y a doña Francisca Pérez, dueñas de la fonda de la primera calle del Rastro. Para 1882, aunque la barbería y el baño permanecían, ya no estaban habitados, a diferencia de las fondas que sí lo estaban.

En 1848, el censor anotó en el barrio a 14 aguadores, mientras en 1882 solamente fueron anotados 3: don Guadalupe Ortiz de 40 años, don Miguel Ruiz de 36 y don Camilo Bejarano de 47 años. Para entonces, aunque había una fuente pública más, el agua llegaba ya por tuberías a un buen número de casas y se habían puesto en marcha algunos pozos artesianos. Alrededor de las plazas del barrio, además de los aguadores, alquilaban sus servicios entre 15 y 18 cargadores y 4 o 5 carreteros. Por allí también se veía cruzar a alguno que otro gendarme durante el día y a 2 o 3 serenos por la noche.

Entre los trabajadores no faltaban los sirvientes, anotados en los padrones de 1848 y 1882 bajo todas las denominaciones y especialidades: sirvientes, criados, domésticos, recaderos, freganderas, pilmmas, caseros, porteros, lavanderas, etcétera. Algunos habían empezado a trabajar

desde temprana edad, como Guadalupe Navarrete, de 10 años, o Simona y Andrea, lavanderas de 11 y 12 años, o como Lucio Simental, de 10 años, que trabajaba como sirviente en un tendajón, y seguían haciéndolo por años como don Casimiro Estrada, cochero de 74 años, o don Mauricio Medina, sirviente de 71 años.

En 1848, la gran mayoría de los sirvientes de la zona, tanto hombres como mujeres, habitaban en sus propias viviendas y se trasladaban cada mañana para llegar a sus trabajos al centro de la ciudad. Para 1882 la situación de la vivienda y el trabajo de los sirvientes de Necatitlan y Tlaxcoaque había cambiado, ya que para entonces sólo 35 por ciento de ellos residía en su propia vivienda, mientras el resto lo hacía en la vivienda de sus patrones o en el negocio.

En cierta forma, este cambio tenía relación con el establecimiento en el barrio de algunos comerciantes mayores, empleados del gobierno y de los servicios y el aumento en la zona de profesionistas y personas con oficios diferentes. En 1848, por ejemplo, sólo había un profesionista, don Vicente Canizares, notario retirado de 78 años, mientras para 1882 vivían allí 12: los abogados José María Lavastida, Rafael Rebollar y su hijo del mismo nombre, Juan José de la Garza, José María Flores y Aureliano Vargas; 4 farmacéuticos: Tomás de los Covos, Rómulo y Francisco Álvarez y Camilo Rodríguez; el arquitecto Mariano Garnica y el ingeniero Juan Lozano. Además había 5 filarmónicos y un artista, 3 industriales y 2 maquinistas, 4 profesores, un relojero y un platero, un cartero y otros empleados públicos, y el propietario del gran corral de ordeña.

Aun en este rincón de la ciudad

En fin, que en los barrios de Necatitlan y Tlaxcoaque los grandes cambios ocurridos en la ciudad de México entre 1848 y 1882 parecieron casi imperceptibles, los vecinos tuvieron que caminar tres o cuatro cuadras hacia el centro para confirmar incrédulos las noticias del derrumbe de los muros de patios, atrios o celdas de los conventos que dejaron el paso a amplias calles.

Y sin embargo, aun en este rincón de la ciudad las transformaciones, discretas y tal vez lentas, aparentemente aisladas, pero sin retorno, hicieron cambiar a manos de particulares las propiedades que habían pertenecido a las órdenes de religiosos y desataron un proceso de regularización o desaparición de plazas y callejones.

Las 2 capillas del barrio se mantuvieron en pie, una por unos cuantos años más, la otra hasta hoy. El Ayuntamiento de la ciudad, que perdió la propiedad de la plazuela del Árbol, mantuvo la “Casa de la Pólvora”, donde se instalaron la escuela municipal y el almacén de las obras públicas, del cual la gente del barrio vio salir y llegar los materiales del alumbrado; los componentes para el empedrado, las banquetas o el drenaje, y a los encargados y carreteros que en los numerosos carros cruzaban por las oscuras y olorosas calles, levantando el polvo en la temporada de secas o esquivando los encharcamientos y el lodo en la de lluvias.

El crecimiento de la zona urbana de la ciudad fue empujando poco a poco a su periferia cada vez más allá, pero Necatitlan y Tlaxcoaque siguieron siendo barrios de las orillas de la ciudad, populosos, con grandes casas de numerosos cuartos a donde llegaba gente de los alrededores en busca de mejores opciones; eran barrios de gente joven y trabajadora, ligada, por su cercanía con el rastro, al comercio de la carne y a la producción de artículos de cuero y piel. Siguió siendo un rincón de la ciudad como tantos otros, especial y diferente como cada uno.

